

## REPERCUSIONES DE UNA CONFERENCIA MALOGRADA

Si bien es cierto que, a medida que se aproximaba el día señalado para inaugurar la Conferencia en el Vértice, parecían menguar las esperanzas abrigadas respecto de la eficiencia encauzadora de tal asamblea, no es menos evidente que las divergencias, respecto a pronósticos, giraban en torno de un extremo básico, cual pudiera ser el fruto de ese intento compaginador, objetivo que presumía la existencia de diálogos a lo largo de una serie de previstas sesiones, que habían sido debidamente planeadas de antemano. Dichas predicciones se apoyaban en una consideración básica: decidida la reunión de París hace más de un año, debidamente enumerados los problemas que habían de ser incluidos en el orden del día, se suponía que el acuerdo sobre todos los extremos abarcados por la agenda, no podría alcanzarse en la reunión de París; por lo cual, en París habría de construirse una especie de punto de partida para trazar así las tareas confiadas a posteriores reuniones. Así, el de París, no constituía capítulo único de una nueva etapa internacional, sino el primero de una posiblemente dilatada serie y, precisamente, por ello, su deseable eficiencia, aún más que los acuerdos consumados, habría de referirse a ese período de sucesivas negociaciones a lo largo de las cuales se otorgarían vacaciones y situación marginal a la «guerra fría».

Las apuntadas consideraciones, inspiradas en un adecuado posibilismo, parecían encontrar refuerzo, teniendo presente que el Kruschef de París, no era el mismo que asistiera, junto con Bulganin, a los diálogos en el vértice celebrados en Ginebra, ya que desde entonces, el dictador, al dictado del Partido, había establecido contacto con el mundo extraruso y, entre los diálogos celebrados en Ginebra y los yugulados en París, se interpusieron los visitas del jefe soviético, no sólo estableciendo contacto con los dirigentes occidentales, sino con ciudadanos de grandes democracias. Así, prodría Kruschef rectificar muchas de sus versiones, presumi-

blemente erróneas respecto de lo que representa en realidad el mundo libre, y conocer mejor el sentir de los otros colocutores.

Si el lector se toma la molestia de consultar la prensa internacional, correspondiente a los días inmediatamente vecinos al del 16 de mayo, le será fácil deducir de qué modo, a pesar del incidente del «U-2», nadie ponía en tela de juicio que la conferencia tendría lugar, aun cuando discrepasen los pronósticos concernientes a la determinación de su posible eficiencia. Ello resulta tanto más comprensible cuanto que Kruschef, en su Mensaje a De Gaulle y Macmillan, se mostraba no sólo decidido a participar en la conferencia, sino que exteriorizaba su propósito de laborar para que alcanzase el éxito posible, pese a la interposición del incidente aéreo, al cual se refería Kruschef en uno de los citados Mensajes. Es más, Selwyn Lloyd, en su discurso ante la Cámara de los Comunes de 14 de mayo, consideraba de «buen augurio» que el incidente del U-2 se registrase antes y no después de la conferencia, ya que tal incidente demostraba la necesidad de proceder a la reunión convocada. Otros argüían en el sentido de que el incidente del U-2 constituía factor destinado a instalar un sano posibilismo, menguando la excesiva confianza en las negociaciones de París, y generándose así un clima de cautela y prudencia adecuado, referido no sólo a los protagonistas de la planeada reunión, sino en su proyección sobre la opinión internacional. Las anteriores consideraciones pueden ofrecernos la medida del estupor generado por la tempestuosa aparición de Kruschef en la reunión y por el tono demagógico y desintegrador de su intervención, auténtica lápida mortuoria colocada sobre una conferencia, previa la yugulación de la misma.

Pudiera argüirse en el sentido de que esas manifestaciones esperanzadoras más bien debían referirse a los dos grandes occidentales, habida cuenta que ni Francia ni Inglaterra podían considerarse alcanzadas por las repercusiones del incidente provocado por el U-2. Pero fuera el propio Kruschef quien, a su llegada a Orly, pocas horas antes de iniciarse la conferencia, lee un mensaje que extrae del bolsillo de su americana y cuyo texto, por tanto, debe considerarse en cuanto fruto de una previa labor de meditación. En el mismo puede leerse, entre otros párrafos, los que traducimos: «Tenemos clara conciencia de las grandes esperanzas que los pueblos del mundo han aprendido en el encuentro de las cuatro potencias. El Gobierno soviético hará todo lo posible, a fin de que la conferencia epilogue en un éxito, para que implique una nueva atenuación de la tensión internacional y el refuerzo de la paz y de la seguridad entre los pueblos.»

Todas esas buenas intenciones iban a ser molturadas por el propio Khrushchev pocas horas después, y como en el espacio de tiempo transcurrido, desde la lectura del citado Mensaje hasta la apertura de la conferencia no se interpuso ningún obstáculo explicativo de ese cambio brusco de conducta, el contraste entre la avenencia inicial de Khrushchev y su inmediata intransigencia, causó en el espectador explicable sorpresa. Es éste el misterio que hasta el presente resulta de difícil esclarecimiento, ya que constituiría explicación inadecuada, la que se formulase achacando esos cambios bruscos al modo temperamental de Khrushchev, ya que supuestas veleidades no pueden justificar la transformación del autócrata ruso, de hombre dispuesto al diálogo, en el símbolo de una total e ineliminable intransigencia. Khrushchev—esto es lo único evidente—ha sido factor determinante de una sorpresa que, por lo menos, y de modo inmediato, ha hundido al mundo en la perplejidad y en la esperanza, y sólo a él incumbe esclarecer por qué motivo se truncó, lo que se consideraba como acto inicial orientado hacia la comprensión, en imprevista inhumación. Sean cuales fueran las explicaciones que un día puedan depararnos, lo innegable es que Khrushchev se transformará en destacado protagonista y provocador de una de las más inquietantes crisis internacionales que haya conocido el mundo, desde 1945.

Sin embargo, algo lograba traslucirse, recordando que el domingo, día 15 de mayo, Khrushchev había mantenido diálogos con De Gaulle y Macmillan, y, al propio tiempo, de modo ostensible, daba a entender que no deseaba extender al presidente Eisenhower esos cambios de impresiones preliminares. Recuérdese, además, que Khrushchev, tanto en los diálogos dominicales citados, como en la Sala de la conferencia, aparecía indefectiblemente acompañado por el Mariscal Manilowski, y cuando se hermanan esa serie de notas cabe deducir en un triple sentido: 1.º Khrushchev, de modo indirecto, daba a entender su propósito de provocar la desconexión de Macmillan y De Gaulle, respecto de Eisenhower, alegando que sus exigencias respecto del incidente del U-2 se referían al presidente norteamericano, dejando al margen de esa especie de excomunión implícita a los otros dos occidentales. 2.º Si Khrushchev, como parece presumible, intentaba lograr de los representantes francés e inglés el que éstos se aviniesen a ejercer una cierta presión sobre Ike, a fin de que éste se doblegase ante el *sine qua non* del dictador ruso, en realidad lo que intentaba poner a prueba era, ni más ni menos, que la solidez de la alianza occidental, que se vería afectada si Macmillan y De Gaulle actuasen como amigables componedores, eri-

giéndose, en esencia, como abogados del apaciguamiento, proyectado no indistintamente sobre los dos grandes discrepantes, sino acentuado en lo que a Eisenhower atañía. 3.º Como lo hace notar un comentarista francés, tanto Macmillan como De Galle tenían la clara impresión de que la intransigencia de Kruschef podía achacarse a la consideración de que el líder ruso no podía desentenderse, aun cuando se lo propusiese, de la actitud acentuadamente rígida que había adoptado. En este sentido, la invariable presencia del mariscal Manilowski, no sólo en los diálogos, sino actuando como una especie de hermano siamés de Kruschef, constituía un factor no merecedor de desdén. Pero si todo lo que precede debe ser tenido en cuenta, al propio tiempo será bueno advertir que esas supuestas presiones no acusaron su evidencia, en las horas que antecedieron a la sesión inaugural—que resultó ser final—, por cuanto en el discurso de Orly Kruschef afirmó su propósito de contribuir decididamente a lograr que la conferencia alcanzase pleno éxito. Acaso la explicación—más especulación que interpretación—, pueda ser deparada por el siguiente párrafo (acusatorio e impreciso a la vez), que figura en el discurso pronunciado por Kruschef en Orly, cuando decía: «A pesar de que es indiscutible que los pueblos del mundo desean el refuerzo de la paz y de la distensión internacional, nadie ignora que en ciertos países, especialmente en reciente fecha, existen medios influyentes que se esfuerzan por retrotraernos a la «guerra fría», y por impedir el mejoramiento del clima internacional, los cuales han acrecido sus actividades.» Note el lector que Kruschef, en sus veladas acusaciones, pluraliza, y si en la mención se incluye a los Estados Unidos sería preciso preguntarse qué otro país o países son los aludidos por Kruschef. Resta una última interpretación, la de que Kruschef, bien a pesar suyo, lo que estaba llevando a cabo, no era otra cosa que la oferta de una especie de anticipo, de lo que acaso estuviese acaeciendo en los medios políticos de Moscú, en el sentido de reinstalar la «guerra fría», no ya como episodio, sino en cuanto factor de permanencia, destinado a intensificar la tensión internacional, y de ese modo poner de manifiesto que entre el Este y el Oeste no puede existir más que una tregua provisional, condenada a convertirse en antesala de lo que pudiera ser, no pugna dialéctica, sino algo más dramático y desconsolador.

Sea cual fuere la suma de esperanzas que era dable prender en lo que concierne a cuál pudiera ser el epílogo de la reunión de los cuatro, lo que parece estar fuera de todo pretexto polémico, es la siguiente consideración: la conferencia en el vértice no puede considerarse como fruto de la im-

provisación. Como ya hemos observado, desde que fuera lanzada la sugerencia—a raíz de la última crisis, generada en torno al problema del destino de la ciudad de Berlín—hasta la fecha fijada para inaugurar dicha asamblea, ha transcurrido tiempo sobrado para que se escribiese ampliamente, en torno al problema de la disidencia Este-Oeste. Se ha intentado valorar lo que pudiera existir de eliminable en lo concerniente a tales discrepancias y determinar hasta qué extremo está limitada la zona de colaboración. Ni aun los más incurablemente optimistas podían creer que los diálogos de París sirviesen para ofrecer un adecuado balance, en lo que atañe a la relatividad de la coexistencia pacífica, ya que el tema, por su complejidad, exigía ser enfocado sin prisa, pero sin pausa. Es decir, como ya lo consignamos anteriormente, París, en el mejor de los casos, podía constituir la etapa inicial de una serie de diálogos sucesivos, distanciados adecuadamente entre sí, para de ese modo otorgar la debida beligerancia a la reflexión e intentar la determinación, más o menos afortunada, del área dentro de cuyos límites podría instalarse la negociación. Pero nadie sospechaba que un incidente, totalmente ajeno a la conferencia, y que en último término sólo afectando a las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. podría alcanzar el rango de factor paralizante y yugulador de la conferencia proyectada. Es indudable que el acto de espionaje aéreo—no denegado por sus realizadores—en modo alguno favorecía el ambiente propicio para iniciar los diálogos, pero nos parece igualmente adecuado consignar que esta clase de accidentes podían ser resueltos mediante negociaciones bilaterales, sin que debiera reputarse como lícito el proyectar las consecuencias de ese acto deplorable sobre dos de los cuatro colocutores, ajenos en absoluto al problema debatido.

Lo cierto es que estos últimos meses, de entre los múltiples diálogos que han volado sobre el mundo aquel que más parecía favorecer las circunstancias era el de la conferencia en el vértice, considerando a dicha asamblea en cuanto artilugio, específico e insustituible para intentar la instauración de la coexistencia pacífica. Pero los *slogans*, inevitablemente, son portadores de una inquietante vaguedad, y ello explica adecuadamente que cuando se intenta reemplazar lo impreciso por lo concreto, esto es, substituir lo que puede ser pretexto de pura propaganda por un medio de lograr la avenencia, asoma el peligro de la delimitación, ya que intentada la instalación de esta última, se corre el riesgo de que asome, con visible y amenazante evidencia, el fraude que va implícito en estas invocaciones, reiteradas y teatrales, a la paz, a la seguridad y a la coexistencia, ya

que no es lo mismo manipular ese espantajo del pacifismo adulterado—a los efectos de propaganda en el interior de la U. R. S. S.—que exportarlo al resto del mundo y extenderlo sobre una mesa de disección. Si el señor Kruschef sintiese evidentemente el apostolado de la paz, su reacción frente a una dificultad incidental, como lo fuera la registrada en los aires rusos, debiera estar condicionada por el ansia de no malograr aquello a cuya instauración se decía acentuadamente inclinado, pero la facilidad con que procedió a enterrar la conferencia, no provocando su fracaso o ineficiencia después de iniciada la misma y habiendo registrado un atasco, tras polémicas baldías, sino liquidándola en su sesión inaugural, nos autoriza a deducir una de estas dos causas: o que Kruschef, percatado de la irrelevancia de la reunión no hiciese además alguno para extraerla del fracaso, o temeroso de que su intransigencia en la polémica permitiese a los espectadores, distantes y «no comprometidos», deducir que su posición marginal resultaba inadecuada, una vez demostrado que alguien parecía interesado en no ofrecer tregua a la «guerra fría» e intentar la prórroga de esa inquietante inestabilidad que tanto atormenta a cuantos anhelan la instauración de una posible convivencia.

Kruschef acaso persiguiese una finalidad: la de situar a los dos grandes aliados de los Estados Unidos en el trance de mostrar su disconformidad, respecto de prácticas tales como las achacadas al U-2, objetivo que por mucho que se haya nublado la capacidad de percepción del demagogo soviético parecía de bien difícil realización. Pero algo logró evidentemente Kruschef con su intervención explosiva: perfilar y delimitar la esfera de acción, dentro de cuya área se exterioriza la disidencia, reduciéndola a un dueño entre Washington y Moscú y situando a Macmillan y a De Gaulle en una posición incómoda y desvalida. Como ya consignamos, restaba otra posibilidad a los presidentes occidentales, actuar desplegando sus buenos oficios, respecto de Washington y Moscú e intentar el logro de una atenuación en la abierta disidencia, tarea que emprendieron uno y otro, por consideraciones que no escapan a la percepción del observador atento. El premier británico ha contribuido, más que ningún otro, a posibilitar la instauración de una política internacional de apaciguamiento, trabajando al propio tiempo, animado por el deseo de dotar de cierta posibilidad la instalación de la coexistencia pacífica. No se olvide que los abultados éxitos electorales del partido conservador británico, primero en las elecciones generales y después en los comicios municipales, deben explicarse en gran parte y por el eco que los esfuerzos de aproximación entre el Este

y el Oeste, llevados a cabo por Macmillan, encontraron en la opinión británica. Ahora bien, esa distensión, a cuya posible instauración aspiraba Macmillan no dependía tan sólo de la buena voluntad, innegable, del premier británico, ya que éste no podía abrigar la pretensión de dar cima a su objetivo si no encontraba una mínima colaboración por parte de los dos grandes disidentes, y eso es lo que a última hora ha fracasado, colocando a Macmillan en una situación embarazosa, habida cuenta de que el premier británico no podía reiterar en París la técnica desplegada por Nevill Chamberlain, patrocinador de la denominada capitulación de Munich, que inevitablemente habría de constituir incitación para que Hitler se adentrara cada vez más peligrosamente por el camino de la sedicente *Machpolitik*. Ahora no puede optarse por la inacción, actitud pasiva que permite, al sucederse del tiempo, dejar huella de su estela corrosiva. Porque, en esencia, Kruschef lo que ha provocado es una dislocación del problema planteado, y no es fácil prever cómo esa desarticulación puede ser enmendada.

Kruschef no se ha limitado a lanzar un ultimatum (tan rotundo e hiriente, que no deja hueco para un posible arreglo), sino que consideró adecuado acentuar su posición hostil hacia los Estados Unidos, no refiriéndose concretamente al pueblo norteamericano (el cual no ha aludido el autócrata ruso), sino concreta y específicamente a Eisenhower. A tal efecto anunció la cancelación de lo que habría de ser la próxima visita del presidente norteamericano a Rusia, en términos que no sólo representaban una increíble descortesía para Eisenhower, sino que perseguían otra finalidad, a cuyo alcance y significación dedicaremos un comentario en otra parte de este trabajo: ejercer presión sobre la conciencia del pueblo norteamericano, no precisamente incitando a los electores para que inclinasen sus preferencias en favor del candidato presidencial demócrata, sino creando en la mente del electorado norteamericano, a la vez que una situación de angustia, una acusada crisis de perplejidad. Con el repudio del visitante, al cual se le da con la puerta en las narices, coincide, como contraste, la vigencia de la visita de De Gaulle a la Unión Soviética. La situación del presidente francés, en su calidad de huésped de la U. R. S. S., tiene de todo menos de envidiable, porque no es fácil predecir cuál puede ser el tema de los diálogos entre Kruschef y De Gaulle. Probablemente lo que se consideraba como recepción cordial al presidente francés, dispensada por el Gobierno ruso, subirá de punto, y las manifestaciones de simpatía se acentuarán tanto más cuanto que, dado el autocratismo imperante en la U. R. S. S., esa cordialidad puede prefabricarse y preverse en los más

mínimos detalles. Si nuestras previsiones no son desmentidas, cuando llegue el instante de la visita, Rusia tal vez considere que, aparte lo que significa como contraste esa acogida respecto del ausente y desdeñado, alcanzará dos finalidades, una referida al pueblo ruso, otra proyectada con ambiciones de repercusión universal. A una y a otra parece oportuno dedicar unas cuantas apostillas. Se atribuye a Lenin una apreciación, a cuyo tenor una falsedad, debidamente reiterada, puede incluso reemplazar a la verdad, y en todo caso servir de adecuado parapeto a efectos polémicos. Lo que no dijera Lenin es que un fenómeno parecido se registra a propósito de los *slogans*, tan a la moda desde 1945, ya que aun desprovistos de otro contenido que no sea el de su específica vaguedad, cuando se invocan sin discontinuidad, terminan por hacer su camino y pecar a quien los aduce, que está invocando lo que puede transformarse en fraudulenta tabla de valores y si los *slogans* han colectado adeptos a ambos lados del telón de acero, es en el mundo satelitizado, donde les estaba reservado un más brillante porvenir. El *slogan* soviético, referido a los belicistas —considerando como tales aquéllos que no están incluidos en el área del mundo comunista— y su complemento, reflejado en el pacifismo, que se atribuyen en cuanto monopolio los dirigentes moscovitas, constituye el gran fraude de la política internacional soviética. Pero no por ello dejaría de ser peligroso el no otorgar la debida atención a esta forma dialéctica, más eficiente de lo que a primera vista pudiera colegirse. Ahora se ha renovado el procedimiento conectándolo al incidente del «U-2». Rusia, que inevitablemente padece el complejo de fortaleza sitiada, dilapida evidentemente su tono de recelo y desconfianza respecto del mundo libre, y para proveer de justificación aparente a su postura dialéctica, cuida de dirigir sus esfuerzos, animada por el designio de lograr que esa inclinación se contagie a zonas extra-soviéticas. Por ella, Kruschef, al propio tiempo que centraba sus acusaciones, referidas a los Estados Unidos, cuidaba de puntualizar, como ya hemos advertido, que Francia e Inglaterra estaban libres de esa mácula del espionaje y de la agresión. Así puede ofrecer Kruschef a sus conciudadanos la versión de que el actual dilema, no está planteado genéricamente entre el Este y el Oeste, sino específicamente, entre Rusia de un lado, y los Estados Unidos y la Alemania federal, de otro. Tal vez en esas alegaciones intente encontrar medio adecuado para paliar hasta donde ello resulte factible lo que hay de imprecisión en su posición política.

La otra finalidad perseguida por Kruschef es de más acentuado al-





cance, incidiendo en tácticas que no sólo puedan inscribirse en su haber personal, sino logrando que sean compartidas por sus conciudadanos: actuar de cuña que intente ensanchar las fisuras que Kruschef considera existentes potencialmente en el seno del Pacto Atlántico. Su actitud en París, concurre en el sentido de fortalecer tal interpretación, ya que al propio tiempo que rehuía todo contacto con Eisenhower —después del discurso explosivo pronunciado con el propósito de guillotinar la conferencia de París—, mantenía diálogos con De Gaulle y Macmillan. Suponemos que a estas alturas y como fruto de presumibles meditaciones, Kruschef habrá deducido que su técnica, encaminada al logro de dislocación de la alianza atlántica, no es muy oportuna, ya que el alejamiento franco-británico respecto de Wáshington, en cuyo posible epílogo había prendido Kruschef posibles esperanzas, no implicaría otra consecuencia que la del suicidio potencial del mundo libre.

Otra de las supuestas finalidades perseguidas por Kruschef, se nos antoja aún de más difícil realización que la precedente. Bien entendido que, a nuestro parecer, con fracaso o sin malogro de la conferencia en el vértice, nadie pone en tela de juicio la necesidad de proceder a la revisión de la política internacional, tanto respecto del Japón como en lo concerniente a Turquía, temas que abordamos en nuestra habitual sección «El ayer, el hoy y el mañana internacionales». Ese es el trance con que se encuentran enfrentados los dirigentes de Wáshington en estos días que anteceden a la reunión de las convenciones republicana y demócrata. Probablemente en estas vísperas electorales, los temas internacionales ocuparán un lugar preeminente, aun cuando esa beligerancia dispensada a los problemas exteriores no alterará medularmente lo registrado en pasadas experiencias. Ello por una consideración: habitualmente, republicanos y demócratas, no se adentraron en rutas, no ya antitéticas, pero no siquiera medularmente desemejantes, en punto a problemas internacionales, como lo evidencia, entre otras, la experiencia registrada con el aislacionismo norteamericano, inclinación marginalista que evidenció su perdurabilidad en lo que puede encerrar de constante histórica, pese a que el huésped de la Casa Blanca perteneció sucesivamente a una de las dos grandes fracciones políticas que vienen rigiendo tradicionalmente los destinos de Norteamérica; y si alguna alteración se registra en la política internacional norteamericana a partir del próximo mes de enero, tal modificación alcanzará en su eco a demócratas y republicanos.

De la interpretación que antecede, parece discrepar Kruschef al afir-

mar en el discurso pronunciado en Bucarest el 21 de junio, que corresponde al pueblo norteamericano el decidir quién habrá de ser su próximo presidente; pero ello, no obstante, interesa al Estado y al pueblo soviético el epílogo electoral, habida cuenta de que la U. R. S. S. no puede abandonar su línea general de política exterior, cifrada en la realización de un sistema inspirado en la coexistencia pacífica. Ahora bien, como quiera que la coexistencia presupone diálogo, y el mantenido con Eisenhower, no sólo fuera bruscamente truncado, sino considerado de imposible realización, esta plural denegación da a entender que el diálogo, irrealizable con un presidente republicano, puede resultar factible si el máximo colucutor norteamericano de 1961, pertenece al partido demócrata.

De la conferencia en el vértice se ha dicho que constituyó un evidente fracaso, apreciación que no parece haber suscitado discrepancias, pero la coincidencia no aparece tan perceptible, cuando se intenta precisar en qué sentido se malogró la reunión de París. Habitualmente se asevera que una conferencia internacional desenlaza en la ineficacia cuando enfrentadas dos tesis dispares los diálogos pueden conducir a sentar la deducción de la imposibilidad, bien sea de avenencia, ya de lograr, como éxito mínimo, la conclusión de una tregua, sistema de valoración inaplicable a la conferencia de París, habida cuenta de que en la capital francesa los diálogos no pudieron iniciarse porque lo impidió el empleo de la guillotina, por parte de Kruschef. Así se clausuró, inesperadamente, un breve período histórico, iniciado (también debido a la iniciativa de Kruschef) en noviembre de 1958 y cuando un ciclo histórico llegó a un epílogo brusco y tajante, como ha sucedido en París, se genera un vacío que intrínsecamente considerado, no puede constituir epílogo histórico, sino capítulo que necesariamente habrá de constituir antecedente de otro que ahora se inicia y sobre el cual debemos proyectar nuestra atención.

Digamos, ante todo, que el fracaso, si momentáneamente encierra la condición de factor paralizante, no puede actuar como agarrotante del dinamismo internacional, ya que la vida continúa, y lo que se precisa es intentar, si ello es posible, adelantar cuál pueda ser su inmediata trayectoria. En este sentido la conferencia en el vértice, constituye una lección de experiencia, cuyas repercusiones tal vez sea posible perfilar, en lo que atañe a un no lejano futuro, pero que ya en la actualidad, como veremos, es posible trazar a grandes rasgos.

En primer término, no puede ponerse en tela de juicio que la diplomacia ideada por el que había de actuar como verdugo de la misma, ha

servido para evidenciar lo que encierra de notoria ineficiencia. Por ello se habla insistentemente del retorno a los métodos diplomáticos tradicionales que, aun siendo portadores de evidentes máculas, ello no ha constituido obstáculo para contrastar su practicabilidad a lo largo de años y aun de siglos. Por otra parte, no es buen cálculo el del jugador que lo aventura todo a una carta y no reserva prudentemente un cobijo para alcanzar posibles resarcimientos. Creer que los problemas internacionales, cuando han sido acertadamente calificados de acentuadamente complejos y amenazantes, pueden perder gran parte de su agudeza e incluso transformarse en inocuos, con sólo conferir su solución a los máximos dirigentes de los países discrepantes, equivale a respaldar una tesis tan discutible, como lo sería sostener que lo esencial puede ser eliminado, adoptando nuevos modos procesales, invirtiendo de ese modo el lugar que lógicamente debemos reservar a las esencias y a los modos. Es esta una de las saludables deducciones que cabe consignar en calidad de aleccionamiento, brindado por la malograda experiencia de París. Así lo reconoció de modo inequívoco el secretario de Estado norteamericano, Herter, ante una Comisión Senatorial, cuando decía: «Ha habido inadecuada interpretación en cuanto a la significación de los viajes del presidente Eisenhower al extranjero; lo cierto es que no se ha pretendido en modo alguno reemplazar los métodos normales de la diplomacia, por la diplomacia personal», añadiendo, «los viajes del presidente han sido desplazamientos de buena voluntad y el presidente jamás se ha propuesto negociar o asumir las funciones normales de la diplomacia». Afirma además Herter, que Eisenhower abandonará las tareas de su diplomacia personal de alto nivel y proyecta no efectuar más viajes de buena voluntad a otros países. La tesis de Herter es dialécticamente floja, ya que no pueden situarse en el mismo plano los diálogos en el vértice que los viajes de buena voluntad, habida cuenta de que estos últimos, por lo menos en lo que al continente americano respecta, cuentan con un claro y añejo precedente, y si ahora se propugna su cesación, ello debe achacarse a que la atmósfera política en el hemisferio occidental, tiene de todo menos de plácida. Otro problema es el planteado por las conferencias en el vértice, debidas en gran parte a la iniciativa rusa y que han encontrado en los medios oficiales británicos perceptible apoyo. Hoy cabe abrigar la sospecha de que los diálogos que aspiran a ser culminantes se encuentran en período de evidente ocaso y que la diplomacia tradicional cuenta con muchas posibilidades de restauración, reinstalación que probablemente contribuirá a acla-

rar la atmósfera confusa que ha imperado en las altas esferas internacionales a lo largo de los últimos años.

El posible rescate de los medios diplomáticos tradicionales, implicaría otra consecuencia: evitar la instauración de sistemas ruidosos, tales como los que se vienen practicando en el seno de la Asamblea General de la O. N. U., organismo que con sus actuaciones ha servido, más que a la causa de la paz y del encauzamiento de los problemas internacionales, a las exteriorizaciones demagógicas y a la amplificación de propagandas políticas.

El ocaso de las conferencias en el vértice, implica otra consecuencia, habida cuenta de que si los denominados cuatro grandes, no han sabido, no han podido o no han querido aliviar la tensión internacional y sí la ineficiencia de esos aparatosos comicios puede considerarse como evidente, parece inevitable colegir que no existe adecuada paridad entre la suma de poder acumulada por algunos Estados extraeuropeos y su capacidad para regir los destinos del mundo, lo cual depara a la vieja Europa una coyuntura que no sería prudente desdeñar. En tal sentido existe la posibilidad de que, como resultado del fiasco parisino, pueda acaso reinstalarse, reactualizándolo y adaptándolo a nuevas exigencias, otro principio tradicional: el del equilibrio político. A este problema aludía el general De Gaulle en su alocución de 31 de mayo. Reconocía el presidente francés que la oposición de fuerzas constituye ley fundamental del espacio, y ante esa evidencia, lo que se precisa es la instauración de un equilibrio que pudiera ser utilizado como basamento de una paz estable. Ahora bien, no se trata de hacer revivir el sistema tradicional de la *balance of power*, que Inglaterra propugnaba y practicaba, en cuanto artilugio que le deparó reiteradas coyunturas para forzar el epílogo que más convenía a sus designios y cuya realización resultaba practicable, explotando con astucia preexistentes rivalidades continentales. En esa experiencia, que imperó durante cuatro siglos, el equilibrio se nutría a expensas de guerras sucesivas, que, valoradas con arreglo a un criterio de proporciones continentales, tenían la condición de pugnas civiles que, practicadas por Europa, le impedían atender al cumplimiento de lo que pudo haber sido su egregio destino, misión ofrecida a esa Europa de occidente que, según apreciación del general De Gaulle, constituyera el sueño de los prudentes y la ambición de los poderosos. Ese viejo mundo está ahora en camino de inhumar su fatídico parroquialismo, ya que, como hace notar De Gaulle, «ni el Rhin, ni los Países Bajos, ni la Mancha, ni los Pirineos, ni el Mediterrá-

neo, por los cuales se ha luchado tan prolongada como terriblemente, no sitúan frente a frente a los de ayer. Entre ellos los odios han perdido su beligerancia». En contraste, la nostalgia que a cada uno de ellos inspira su descenso respecto de los nuevos grandes imperios, los hermana en la convicción de que, conjuntados, encontrarán de nuevo la grandeza que a través de los siglos, han conocido su genio y su virtud. El ejemplo ofrecido por esa Europa renovada facilitaría «la accesión al progreso de las masas de Africa, de Asia y de América latina, tarea que así se vería facilitada y abreviada. Además, la cohesión de esta fuerte y grande comunidad europea, inclinaría a vastos países que en otros continentes se orientan hacia la captación de la potencia, a emprender el camino de la cooperación, más que a ceder a la tentación de la guerra». En suma, lo que se propugna no es otra cosa que lo siguiente: si Europa, como se nos antoja predecible, entierra el sistema anacrónico del equilibrio político que vivía a expensas de guerras periódicas y lo reemplaza por acción conjunta y acorde, sin el establecimiento de alianzas, destinadas a vivir en inquietante oposición, alianzas que han constituido indefectiblemente artilugios generadores de conflictos bélicos, si, en una palabra, logra Europa construir un equilibrio político concebido a escala continental, habría no sólo rescatado su protagonismo —adaptándolo a nuevas exigencias—, sino que tornará a ser (en esta ocasión sin correr los riesgos del episodismo) la orientadora de un mundo que a lo largo del período postbélico ha ido caminando de tumbo en tumbo a impulsos de la inexperiencia e imprevisión evidenciada por dos naciones que, construídas a escala continental, no han sido capaces de ofrecer adecuado testimonio de que su fortaleza y su posición hegemónica se ofrecían con el imprescindible complemento de una adecuada capacidad para asumir la dirección de una política internacional de alcance universal. Acaso ahora estamos en vísperas de presenciar el ocaso de un período postbélico ineficiente y tal vez asistamos a la iniciación de un nuevo camino, animados por la esperanza de que el Viejo Mundo occidental europeo, tras permanecer en situación relegada, mientras otros intentaban vanamente construir su protagonismo, está en camino de pronunciar la palabra que puede ser salvadora.

CAMILO BARCIA TRELLES

